



**GASTÓN BAQUERO**

## **Ciro Bayo, el puro español americano**

### **Suma y resta del 98**

Dejado fuera de la nómina del 98 -ese invento que un día de éstos va a deshacerse, gracias a Dios-, vivió y sigue viviendo Ciro Bayo. Ahora tiene veinte años de zancajear por la pampa de la muerte, pero todo sigue para él tan malo -¡o quizá tan bueno!-, como en los ochenta que en total peregrinó por este lado de la vida.

Sumándole años de vivo a los de muerto, le correspondían en este 1959 las fiestas aparatosas del centenario, con juegos florales, concursos, ediciones críticas de libros olvidados, y discursos memorables por el plácido sueño que provocaron. ¿Pero quien va a luchar cuando la mala suerte se empeña, por pedantería, en ser llamada latinistamente *fatum!* Esto de que en vida no se coseche ni el diezmo de lo merecido, puede pasar y hasta es beneficioso, porque nada mata más pronto que la gloria reconocida. Pero que eche a andar el almanaque de la muerte, y tampoco lluevan sobre los huesos los recuerdos y las justicias, es llevar demasiado lejos el castigo a la fantasía. Ciro Bayo es de lo bueno del 98. Cuando sean hechos los balances de balances a esa tribu de contrapuestos, se verá que de lo mejor de los mejores de ellos fue rasgar la afectación, demoler los castillones de cartón-piedra, desinflar las estrofas.

Descubrieron que España existía, por encima y por debajo de los territorios perdidos. Recorrieron los caminos de España, y del encuentro con la verdad nació un estilo verdadero. Se hizo menos literatura, pero como se vivió más, se escribió mejor. Un afán de sinceridad, un hambre de conocimiento -¡no nos engañen más, no nos sigan mintiendo!-, conquistó a las gentes nacidas, para la expresión -206- mediante letras, en uno de esos «momentos históricos» que deben saber a purgante violento a los jóvenes obligados a vivirlos.

Ahora no lo vemos, pero la sorpresa tuvo que ser enorme. El estilo de Azorín debió parecer a los lectores habituales de novelas españolas, lo que pareció la música de Debussy a los idólatras de Wagner. Y el paso más allá, el antiestilo adrede de Baroja, debió sonar como el chirrido de Erik Satie. En el intermedio, viniendo hacia el siglo veinte, pero sin reñir demasiado con el diecinueve, aquellas prosas «bruñidas», aquellos estilos «hechos» a lo Valle, a lo Miró. Y luego aparte, a la inversa, Unamuno, a quien se le daba el estilo cuando no se empeñaba en escribir literariamente -¡hay paginillas tan horribles de «prosa rimada»!-, sino que confesándose y yoando de lo lindo, a marchas forzadas, escribía una prosa peleadora y de desafío, como de quien siendo en el fondo soldado se ha quedado sin guerras.

Porque parece que lo primero para un estilo es no pensar en el estilo. Escribir, lo que se llama escribir -que es componer, redactar, articular-, tiene que hacerse de manera que no se vea cómo ha nacido, y menos cómo se ha mantenido a flote sobre la página. Lo malo del estilo de Ortega es que a veces se le ve lo bonito. Lo bello en el de Baroja es su desenfadada aceptación de lo feo, de lo brusco, de lo aquí estoy.

El 98 quiso tirarse a fondo en lo español, y redescubrió una lengua clásica, o sea, la que sirve para clasificar el mundo tal y como se nos presenta, como nos pertenece. Esta nueva lengua clásica no podía ser la del imperio, sino la de la soledad, la desnudez, la verdad sin tapujos. ¡Mueran los adornos!, pareció ser la consigna secreta, porque era la secreta necesidad de España. Por esto sólo quedarán como 98 genuino unos pocos. Saldrán de la nómina algunos que llevan demasiado tiempo en ella, y están de más. Y entrarán otros que

quedaron fuera, pero a quienes se echa de menos. El primero de éstos a sumarse es Ciro Bayo.

Vamos a su reencuentro, que ya es hora. Hizo uno de los grandes estilos de la lengua española (de la vida española) en el siglo veinte. Se le daba la palabra con naturalidad, con un énfasis perfectamente disimulado, donde la composición se esconde siempre, se diluye de tal modo en lo compuesto, que todo parece espontáneo y verdadero. *El lazarillo español*, a pesar de ser obra premiada, es ciertamente uno de esos libros vivientes, que quedan por sí, que están ahí, -207- intemporales. Es un libro artístico, de arriba a abajo, pero no se le ve artificio. Hay mucha trastienda en la arquitectura, en la composición, pero ¡a ver quién la encuentra! Está en ese estilo de cuerpo entero Ciro Bayo: manso por fuera, suasorio, resignado, pero forrado interiormente de camisas férreas, de una voluntad y de un coraje ante lo adverso de la vida, que lo emparentan fibra a fibra con los monolíticos colonizadores de América. Es que se produjo la introversión del imperio, la soterración del mando. Estilo que pueda estar en pie sin adorno, es hombre que puede pasarse mucho tiempo sin más que un pedazo de pan. Por el estilo -y, por lo otro, que viene ahora-, Ciro Bayo es flor de lo que debemos llamar generación del 98. Sin embargo, ni le incluyeron los contemporáneos, ni le abrieron ninguna puerta, ni a estas horas se acuerda casi nadie de un señor a quien podemos llamar con esa horrible palabra de *arquetipo*. ¿Arquetipo de qué? De español sin despinte, de español rancio. De fracasado, de triste, de feliz en su infelicidad propia y soberana. Y más, arquetipo de hombre de letras: hambreado, solo, sin círculos literarios, sin coro, incomprendido por los semejantes más próximos, y en lucha interior con mil tentaciones contrarias a la moral, a los códigos, a la vida burguesa, a la sobriedad y al buen parecer.

### **El español, peregrino**

Azorín llamó andante caballero a Ciro Bayo. Dicen que por motivos de hogar, dicen que por misterios del apellido, el adolescente Ciro, el Ciro casi

niño, se iba frecuentemente de su casa. ¡Si todos los hijos naturales y todos los niños con padrastro se fueran a hacer de peregrinos, bien revuelto iba a andar el mundo! Ciro Bayo echó a vagabundear -¿cuándo se podrá decir sin reservas vagamundear?-, tan inquieto, tan llamado por el deseo de andar y de andar, porque era un sensible español, un auténtico portador de esa falta de acomodo, de ese desasosiego, de ese deseo de salir fuera, que ha hecho de los españoles unos hombres que siempre tienen, mental o materialmente, la maleta hecha. Hay como un nomadismo, como una fiebre de errancia, que acaso provenga de la incompatibilidad entre la muy ardiente sangre española y las normas demasiado apretadas en que quieren los padres españoles vaciar y moldear las vidas de sus hijos. O quizá sea voz ancestral, de cuando España era móvil, y se vivía -208- a caballo, en guerrilla perpetua contra el moro. O acaso decidan otras fuerzas metafísicas, otros misterios de la sangre, de la relación entre hombre y espacio, de la influencia de la noche... Pero ¿qué importa de dónde viene, ni que sea ese afán por salir, por irse a otra parte? Ciro Bayo, a lo que se sabe, hizo su primera escapada importante alrededor de los catorce años, que ya está bien para ingresar en la noble cofradía de los caminantes. «Se me obligó a ser estudiante. Entonces salí por peteneras. ¡Y qué peteneras, con acompañamiento de tiros y cañonazos!».

En ese grave match de boxeo que se libra entre el adolescente y los padres, Bayo perdió al fin los primeros *rounds*. Los suyos consiguieron que se hiciera bachiller, en Mataró. «Los padres españoles acomodados -dice- no sosiegan hasta ver a sus hijos doctores o siquiera licenciados, cuanto antes mejor». Ya se frotaban las manos, felices, la madre y el padre adoptivo. Pero, ¡ay!, los padres siempre se frotan las manos anticipadamente, porque creen que el mundo que ellos quieren va a ser el mismo querido por sus hijos. Ciro dio lo que la gente sana llamaría un paso en firme -¿ya regresaba de sus correrías, ciertas o no, con Dorregaray, o se disponía a salir fuera con los carlistas?-, e ingresó en la universidad de Barcelona. Por entonces parece que no está en su casa, que va de aquí para allá, como azogue que busca por dónde escaparse. Un par de rotundos suspensos lo lleva a trasladar sus estudios a la Universidad de Valencia, pero antes de un año ha vuelto a la de

Barcelona. Total, que de estudios, poco. Parece que no sabe bien todavía si va a ser médico, abogado, militar, o marino de guerra, pues esto último es lo que prefiere, pero los padres piensan en lo otro. Contaba que un viaje por mar, de Barcelona a Valencia, llevado por su padrastro Andrés Perelló de Seguro<sup>7</sup>, conoció al general Arsenio Martínez Campos, amigo de don Andrés. Cuando a preguntas del general dijo el mocito Ciro que iba a ser militar, respondió aquel que poco tiempo después, peleando contra los carlistas, iba a tomarlo prisionero: «Muy bien, pollo, ánimo y adelante». «Esto -dice Bayo en *Con Dorregaray*- colmó mi entusiasmo. Sentí como si el general me hubiese dado la pescozada de caballero de la Tabla Redonda».

¡Ánimo y adelante a Ciro Bayo, que venía bien adelantado y animadísimo! Dijérase que tomó tan al pie de la letra el consejo, que su próxima escapada -209- -a los diecisiete años- no fue nada más que hasta ahí cerca, a un paso de aquí, a Cuba. Él contaba después que se fue con unos cómicos, y que al disolverse la compañía por estragos del vómito negro tuvo que volverse. ¿Qué hay de verdad en todo eso? Don Ciro fantaseó mucho con toda su vida, y no se sabe ni se sabrá nunca lo que hay de cierto y lo que de invitado. Pero es un hecho que reaparece en la Universidad de Barcelona en la segunda mitad del año 1878. Aquí sigue estudios de leyes hasta el 83, y dicen que fue estudioso amén de estudiante. A fines de ese año traslada su matrícula a Madrid, pero nadie sabe si por fin se hizo abogado, pues aunque él lo afirmaba una y otra vez -y en 1905 Orriier le publicó sus *Nociones de instrucción cívica* (rudimentos de Derecho, por Ciro Bayo, abogado)-, nunca podemos atenernos a sus palabras sobre sí mismo; luego veremos por qué. Si terminó su carrera de abogado, ¿para qué arrancar en su fiebre de vagabundaje? Esos años que van del 83 al 89 -cuando su segunda partida a América- resultan misteriosos, y se deduce que en ellos alcanzó su mayoría de edad como hombre de los caminos, sin hogar fijo, grande pero enjuto, yendo de pueblo en pueblo, y durmiendo en los sitios más increíbles. ¿Para eso estudió? ¿Qué lo llevó a la vida gitana, a no parar nunca, a no saber jamás con qué comería en la próxima semana? Esto de que un hombre de treinta años no cumplidos, abogado o casi abogado, amigo de los clásicos latinos y griegos, prefiera de pronto hacerse a la vida de

los *desclasados*, se confunda a menudo con los delincuentes, y pase malos ratos sin término, ¿qué es? No había nacido para sedentario, eso se veía. ¡Pero darse por gusto a esa vida! Es indudable que para él era lo mejor. Tuvo ribetes de naturista, de amigo de la gimnasia y de los baños calientes, como lo vemos en *El veraneo* y en sus libros de higiene sexual. Pero en el fondo hay más. Hay como una nostalgia de un tipo de acción que normalmente se ha ido reduciendo y vedando al hombre civilizado, y más al español. Bayo da la impresión de haber llegado tarde a la conquista de América, de haber sido olvidado por Orellana y por Pizarro. Lo suyo esencial era trajinar, romper lazos, no echar raíces.

Y tiene, a pesar de ese interno llamado a la desdicha y a la pobreza, una viva receptividad para los afectos. No es un huraño. No olvida nunca a quienes le han querido o a quienes simplemente le han ayudado. En esos años de Madrid anteriores al 89, vive bajo el lema «mañana lo veremos», que, según él, conviene por igual a débiles y a fuertes. Vive a salto de mata, o a salto de -210- esquina. Cuenta que tuvo gran fiesta un día porque en la Puerta del Sol topó con un académico -«madrugador y, por de contado, amigo mío»- a quien ganó quince duros por copiarle un códice manuscrito. El dinero iba a ser empleado, se suponía, en llegar a Barcelona. Pero ahí estaban Juan y la tía Gregoria, puro pueblo, bondad total de los pobres, de quienes como parásito, sin quererlo, venía viviendo. ¿Qué hacer sino compartir con ellos aquel dinero, y tener, por lo menos, un banquete?

«A los postres -relata- propuse un brindis al académico. La señora Gregoria, que no sabía de estas cosas, preguntó qué era un académico.

-Señora -contesté-, académico es un mirlo blanco: un señor que da quince duros por la copia de un códice.

-¿Y que es un códice? -volvió a preguntar la mujer.

-Un códice, señora Gregoria, es un surtido de jamones y chuletas empapeladas que en los estantes de los archivos dejaron los copistas antiguos a los copistas modernos».

Pero él no es para vivir así. Ya le asedian unos versitos de Bartrina, que le dicen:

Yo quisiera hacer un viaje,  
rápidamente de un vuelo,  
como las aves del cielo,  
sin billete ni equipaje.

Se pasea y repasea a España, pie a pie. Llega a Barcelona -¿o a Cádiz esta vez?- y sigue por el mar, mundo adelante. En 1889 vuelve a América, instalándose entonces en la Argentina. Antes, en España, había dado algunas clases ocasionales, por ganarse el sustento de unos días, pero ofrecía la impresión de gustarle poco esa sublime monotonía del magisterio elemental. Sentarse un hombre de espíritu aventurero a enseñar a hacer palotes a unos niños, es como pretender que un león lleve de paseo a unas gacelas. ¿O es entonces que Ciro Bayo no era un espíritu aventurero, ni en el fondo amaba la peregrinación, quedándose sólo en inadaptable al medio ambiente familiar y nativo? Habría que ver este guante vuelto del revés. Porque a poco de llegar a Buenos Aires pidió una escuela de campo, rural, y se la dieron en un rancho a seis leguas de Tapalque, con indios -211- rebeldes bien próximos, y rodeado de gauchos. La estampa que compone aquí Ciro Bayo es deliciosa: grande, serio, salido de aulas universitarias muy exigentes, y sentarse allá en un rinconcillo de la pampa a enseñar el abc a los hijos de los gauchos, en un medio poco sano, y expuesto a peligros de muerte o de prisión por los indios salvajes, ¿qué quiere decir? «Maestro de gauchitos -confiesa con orgullo en *Los césares de la Patagonia*- sólo puede serlo el sabio que canta Luis de León en su *Vida del campo*». Verdad es que aprovechando las primeras vacaciones, se fue pampa adentro, y vio de cerca lo que pocos vieron, aprendió los usos y leyendas de los viejos gauchos, y comprendió el sentido de la civilización incipiente, y la razón de las terribles anomalías políticas de América. Amante de la naturaleza, tres años después pudo hundirse en esa naturaleza pura, sin

mistificaciones, que queda aún por ciertos rincones del Nuevo Mundo. Vivió a lo hombrazo campero los terribles contactos con tribus poco civilizadas; cazó animales salvajes; remontó ríos y venció montañas; hizo de maestro y de explorador, de soldado y de gaucho, de catedrático, de gomero y de traficante, de editor y de taquígrafo sin saber taquigrafía. Hizo tanto, que dice que hasta llegó a comer carne humana -a la que halló, sin ironía, un *leve gusto a cerdo*. Hizo de todo, menos fortuna. La altiplanicie boliviana llegó a conocerla como pocos, a lo que él cuenta. Se entendió a maravillas con los padres misioneros, e hizo a su manera misión él mismo. (Luego, por embromarle, Baroja decía con su sorna acostumbrada: don Ciro es el Humboldt de los colegios de primera enseñanza). (Otro paréntesis: Humboldt lleva, en este 1959, cien años como muerto. A él le hubiera gustado peregrinar con un hombre como Ciro Bayo).

Cerca de once años pasa en el mundo americano este hombre madrileñísimo, y casi nunca en ciudades, sino en poblaciones pequeñas, aldeas indias, en explotaciones rústicas, en el seno de peligrosos escenarios. Se da de su recorrido total un gráfico que lo emparenta, y hasta lo hace superior, a Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Un hombre que hace la pampa, recorre el altiplano, pasa casi tres años -luego dice que uno- en una barraca gomera junto al río Madre de Dios, anuncia viaje a caballo hasta Chicago para ver la exposición, y gasta en total ocho años en los sitios y gentes más inesperadas, puede hablar a Ulises de tú por tú, y puede sentir saciada su sed de horizontes.

Hacia 1900 vuelve a Madrid Ciro Bayo. Parece que ya no salió de aquí, sino para el otro mundo. Por veintisiete años más vivió con sus medios -menos -212- que medianos-, con su trabajo de forzado de las letras, y hasta en ocasiones haciendo otra vez el profesor. Son los tiempos de la guardilla de Antonio Grilo (me gusta más la palabra buhardilla, que sabe a *Los misterios de París*, aunque don Ciro escribe siempre, como es correcto, «guardilla», «aguardillada», «guardillas o sotabancos»). Pero lo otro recuerda a los búhos, y esto a guardar, a ahorrar, cosas tan feas). Son los tiempos de la penuria creciente, de cada día más hambre, de parecerle cada vez más extraño a los demás. Mucho debió tundirle la vida, cuando mediado el año 1927 fue a tocar a



las puertas del «Instituto Cervantes», bello nombre que da decoro y luz al refugio de los ancianos. «Entró en un asilo -dice Baroja- y no le gustaba hablar con sus antiguos amigos». Allí estuvo hasta el día 3 de julio de 1939, cuando se le trasladó, casi moribundo, al Hospital General. Antes de las 24 horas de ingresado, ya salía para su último viaje. Sus amigos de esos años fueron Modesto Moreno de la Rosa, poeta desconocido, el famoso penalista Calpena, y el tenor Benito Rosich, acogidos todos al instituto. Ellos, y los niños del barrio, fueron el último cuadro humano de quien tantos seres extraños, terribles, grandiosos o míseros había conocido.

Vimos que en su primera cuarentena Ciro Bayo llenó a conciencia el programa de una vida libre, poética, emprendedora y heroica, como corresponde a un cumplido fantaseador. Parecía, a partir de 1900, que se asentaba el hervor, que la sangre cedía y remansaba. Pero aquellos amigos y curiosos, en librerías de San Bernardo y de la Luna, en tascas y mentideros, popularísimos, no sabían que la epopeya no estaba sino iniciándose, y que viejo por días, seco, sereno, con cara de pocos amigos y con talante inclinado más bien a lo huraño. Ciro Bayo seguía peregrinando por la pampa inmensa, sorbiendo los aires de Castilla, correteando por la mesopotamia boliviana. Porque fue entonces, a partir de 1900, cuando este hombre realizó su vida. Fue entonces cuando debió de ser recogida la muda respuesta dada a quienes se preguntaron, tantos años atrás, para qué salía de vagabundo, por que no podía quedarse tranquilo entre las paredes de su casa y entre las calles de su ciudad.

### **La imaginación comienza a los 40**

Hay el escritor anticipado y hay el escritor de regreso. Aquél comienza a producir hacia los dieciocho o veinte años, inventándose todo. El amor, el -213- conocimiento de la realidad, la experiencia directa de la vida y de la muerte, la ortografía, la variedad de sucesos y de sensaciones, los largos sueños -o sea, todo lo que forma la materia prima de una interesante comunicación y salida al exterior-, es sustituido, gracias a fórmulas poéticas,

por una audaz cosecha de intuiciones, caprichos, oídas, y celeridad en la imitación y aprovechamiento de lecturas, estilos y vidas ajenas.

Ese escritor anticipado -no confundido con el apresurado- vive a través de lo que escribe, ha tomado como consigna «primero escribir, soñar la vida, y después vivirla»; si muere joven, casi siempre deja una obra que sorprende en el terreno poético, y que, en ocasiones, es precursora. Lo habitual es que esos libros anticipados a la experiencia pesen luego para toda la vida como pecados terribles. Pero cuando se acierta antes de tiempo, los aciertos son fulgurantes. Pueden llamarse Rimbaud o Radiguet, Keats o Espronceda.

El otro, el escritor de regreso, es quien primero vive, y escribe después. Regularmente no comienza su tarea de escribir sino alrededor de los cuarenta años. Ya ha soñado todo lo que había que soñar, y frecuentemente ha vivido y sufrido más de la cuenta. Lo prematuro en él, al revés del otro, es la experiencia vivida. Sedentario o peregrino, se sumerge en el mundo procurando bajar hasta el límite de la profundidad que sus pulmones resistan. Y permaneciendo allí el mayor tiempo posible, reaparece luego en la orilla, como un nadador que se echa a secarse al sol, y entonces narra despaciosamente lo que ha visto. Luego de hacer el Jonás, pasa revista a su pasado, recontando cuanto ha vivido, como el avaro sus tesoros. En el fondo, quizá sea más un historiador que un fabulador, un notario que un poeta. ¿Pero quién se atreve a afirmar que es mayor la fantasía soñada por un joven inexperto y visionario, que la ofrecida por la naturaleza y por la vida al observador profundo? Por estrambótico, mágico, irreal que pueda ser un ensueño, siempre la realidad, si se sabe exprimirla y buscarle los recovecos y pliegues recónditos, da ciento y raya a la imaginación de la fantasía. La realidad es más surrealista que el surrealismo y la vida sigue siendo la mayor novela, la poesía más rara, y el más cotidiano de los milagros. Por eso el escritor de regreso, cuando no se contenta con ser un notario de lo superficial -como en la mayoría de las tontas «Memorias» escritas por gentes que no tienen memoria de lo milagroso que han tenido al alcance de la vida-, da las sorpresas que perduran, los libros llamados a inmortalidad. Ahí está, paradigma, don -214- Miguel de Cervantes,

puntero todavía, porque bajó a mayor profundidad y estuvo más tiempo encerrado entre las valvas de lo silencioso.

Ciro Bayo es un escritor de regreso. Hasta los cuarenta años se mueve por los sitios más apartados, tiene los oficios más contradictorios, jinetea por caminos inhóspitos, y convive personalmente con formas de humanidad que son el circo más colorido y alucinante que quepa imaginar. Toma apuntes, aprisiona recuerdos, archiva sensaciones. Todo va cayendo año tras año al fondo de un baúl, a lo hondo del barril, y allí comienza a fermentar. Cuando vuelve a Madrid, parece un hombre fracasado cualquiera, con excentricidad por debajo de las habituales en tipos que fuera del melenaje y la pose, estaban huecos. Giro comienza a ser don Giro, tipo raro, que es una de las contraseñas seguras del talento creador. Reconcentrado, solitario, hablando de tarde en tarde de cosas que la gente no quería creer, comienza pausadamente a mirar hacia atrás, a reconquistar la vida perdida, a contar lo que ha vivido, como lo vivió efectivamente, como le hubiera gustado vivirlo. Fermenta en silencio, mientras la madurez de la vida lo va madurando, como a un buen vino.

En esta magnífica madurez de la soledad y del aparente fracaso, va pariendo unos libros noblemente sentimentales, deliciosos en su lenguaje y en su textura, tiernos como corresponde a todo hombre irónico sin rencor para las amarguras de la vida. Estos, sus libros que quedan, se entreveraban con trabajos de forzado, traducciones, diccionarios, revés de almanaque, guías turísticas, ¡todo el embrutecimiento del escribir a destajo! Es de subrayar que la calidad literaria de este hombre está tan disuelta en su sangre, le es tan consustancial que sus traducciones, especialísimamente la de las *Cartas* de Ninón de Lenclos y la de *Salambo*, de Flaubert, son admirables; su adaptación de un extraño libro, *Las larvas del ocultismo*, de John Billingbrock, hace un libro ameno de lo que con toda probabilidad es en el original una lata indigerible. Tradujo a Kipling, a Selma Lagerlof, a Pellico, y entre otros autores más, ¡ay!, a M. Dely, de quien puso en español *Esclava o Reina*. Pero en lo suyo más propio, don Giro, cuidadosísimo, producía libros estelares, limpios de maldad como de malicia.

Habría que colocar en primera línea por el esfuerzo que suponen, los libros dedicados a evocar la magna empresa de los conquistadores españoles, el ciclo que él llamó *Leyendas áureas del Nuevo Mundo. Los caballeros de El Dorado, Los Maraños, Los césares de la Patagonia*, Libros apasionantes de veras, responden a la -215- queja del propio don Ciro cuando dijera: «Parece mentira que entre los españoles no haya surgido, quien, a lo Walter Scott, haya novelado los anales de la conquista indiana que tanto se prestan a los vuelos de la fantasía». Él veía que los narradores clásicos de la epopeya, los cronistas de Indias, apenas son leídos. Actualizar, novelizar, poner ante los ojos sedientos de aventuras y de movimiento del lector de hoy aquellas singulares hazañas fue la tarea que se impuso. «Terminaré diciendo con Heine, en su condenación de los dioses -dice-: todos nos vamos, dioses y hombres, creencias y tradiciones... Puede que sea obra piadosa rescatar estas últimas de los abismos del olvido». La erudición bien digerida, la exposición de caracteres, la selección de anécdotas, y siempre la maravillosa sencillez y eficacia del estilo, hacen que estos libros, por poco conocidos, cuenten entre las mudas acusaciones que el tiempo va anotando a una cultura en crisis.

En un aparte pueden colocarse los libros de Bayo más personales, que es donde alcanza la culminación de su sensibilidad y de su expresión. *Lazarillo español*, para mí, es una de esas obras con siglos por delante, llamadas a inmortalidad. Pocas veces, en nuestro siglo, el idioma se ha escrito con tanta sencillez, con tamaña grandeza, con semejante esplendor. Cardenal Iracheta le llama «el mejor libro en prosa del siglo». Si es o no el mejor, no lo sabemos; pero sí sabemos que una selección de, por ejemplo, «los veinte mejores libros españoles de todos los tiempos», no puede excluir *Lazarillo español*. En esa línea, sólo que no tan logrados, están *El peregrino entretenido*, que tiene viva la mejor sonrisa de la picaresca sana, y donde saca don Ciro a un homónimo mío con una vida que para mí querría; *Con Dorregaray: una correría por el maestrazgo*, donde se justifica la autobiografía con la gran cita de San Agustín: «Yo no soy yo cuando estudio a la humanidad, porque entonces necesito un hombre para mis estudios, y como el que tengo más a mano y más conozco soy yo, echo mano de mí mismo». (Cita que Unamuno ponía en boca de

Antonio de Trueba como diciendo: «Dejadme hablar de mí, que soy el hombre que tengo más a mano»); *Por la América desconocida* -ahí está incluido, casi textualmente, el libro publicado con el título de *Chiquisaca o la Plata perulera*, que es, sin duda, el mejor libro de Bayo sobre América, porque se siente un sabor de mayor autenticidad y de mayor intensidad en la composición y en el cuidado.

Tras esta línea de «libros mayores», viene el desfile de obras más o menos interesantes: *Las grandes cacerías americanas*, tan objetivo y frío, aunque -216- bien escrito como siempre, que se diría que don Ciro cazó poco y habla de lo que oyó más que de lo que hizo; *Orfeo en el infierno*, novela que no es inferior a las mejores españolas de la época, y trae el eterno conflicto del viejo rico frente al joven artista pobre, mediando la Celestina de siempre; *Bolívar y sus tenientes*, *San Martín y sus aliados*, que es el mismo libro publicado con el nombre de *Examen de los próceres americanos*, y donde da entrada como historiador a algunas audacias tan tremendas sobre los máximos tabúes de la América hispana, que por suerte para Ciro Bayo la obra no se popularizó mientras él vivía, pues habría llegado a ser uno de esos escritores no malditos, sino maldecidos, como Madariaga después del Bolívar; *Romancerillo del Plata*, indispensable trabajo sobre el folklore rioplatense y sus antecedentes españoles (en este género produjo don Ciro un *Vocabulario*, así como las notas a Martín Fierro, que están llenas de muy interesantes indicaciones sobre la diversidad del léxico), y todo va orientado a la defensa de su gran tesis en defensa del idioma español frente a las pretensiones de indigenismos y confusionismos de toda índole; don Ciro se crece, por su amor a España, y a América, cuando la emprende en favor del idioma, y eso que lo puesto por él sobre temas tan espinosos como el imperialismo español en América y el de los «cargos mutuos», lo plantan como español muy conocedor de la realidad espiritual de América; *Venus catedrática*, biografía de la famosa Ninón de Lenclos, tratada con guante blanquísimo sin faltar a la verdad, pues don Ciro se caracteriza también por el tacto con que maneja los problemas llamados escabrosos. Esta bella biografía va seguida de un *Tratado de galantería*, que no es sino el epistolario de Ninón, traducido magistralmente; *La reina del*

*Chaco*, novela breve, quizá demasiado breve para lo que apunta temáticamente, pero que le sirve al autor para pintar de nuevo la trágica situación de los indios, y esta vez en sus relaciones con la Standard Oil. Aunque muy esquemática, da esta obra una suerte de elegía de las razas pobladoras del Nuevo Mundo; el relato *Salvaje*, de gran fuerza, incluido como ilustración del trabajo sobre Rosas (Aucafilú), y que supera en mucho al tema principal, pues no obstante el afán de comprensión de Bayo, el panorama de Rosas le salió menos que mediano...

Finalmente, las desgracias. Sobre esa porción del planeta que algún francés gusta de llamar América Letrina -¿será por lo que nos gustan las letras?-, compuso Bayo una detestable *Historia moderna de la América española*, con datos de diccionario y sin la menor huella de imaginación o de gracia. Y equivocándose -217- terriblemente, él, que escribía una prosa tan bella, dio en la locura de componer, ¡en verso heroico! *La colombiada*, relato del descubrimiento, que desdichadamente se salvó de un incendio provocado por los indios dizque salvajes, asaltantes de la barraca gomera. En ese incendio -menos mal- quedó destruido otro mamotreto inédito. *El vellocino de oro*, también en octavas reales, consagrado a Pizarro y a Orellana. Parece que está publicada, pero afortunadamente no la he visto, una *Historia argentina en verso*; igualmente se menciona un *Epitalamio a las bodas de Alfonso XII*, mas en materia de lira, lo más acertado de don Ciro fue la broma zorrillesca de *Dormir la mona*, que ya es decir poco.

No. Por la poesía en verso no iba Ciro Bayo a ninguna parte. Pero la vida que se soñó a partir de los cuarenta años vale la pena de ser conocida. Por todas partes hallamos ribetes de inexactitudes; de cosas inventadas, de embarullamientos. Probablemente, casi todo lo que da por hecho, no fue sino visto o imaginado por él. Si fuéramos a creer todo lo que cuenta, desde una juventud tan temprana hasta que regresa a España, habríamos de tenerle por una especie de titán, y realmente sería inexplicable su descenso a la tierra de los hombres, su regreso a la buhardilla, para no salir más. ¿Es que ya no le estorbaba España porque ya no tenía familia de la cual huir? ¿Es que se hartó de aventuras, y se echó a la orilla a digerir los fabulosos bocados que tragara,

ya en Castilla, ya a cuatro mil metros de altura, en el techo de América? Vivió por los libros, y es claro que fue perfeccionando cada vez más su propia imagen, la que él se había impuesto como retrato fidelísimo de sí. Cuarenta años gastó en ser lo que la vida quisiera, y otros cuarenta en fabricarse una personalidad a su gusto, y una historia a la medida de su fantasía. ¿No es esto lo más próximo a lo perfecto?

### **El fracaso creador**

Lo que venimos a decir desde el inicio de estas notas de centenario es que la vida de *Ciro Bayo* tiene de ejemplar y tiene de símbolo. Es vida de escritor en estado puro. De escritor que sólo necesita de veras escribir para dominar la existencia. Los demás lo ven como fracasado, mentiroso, ridículo a veces, pero él es por dentro el rey de un mundo magnífico, que además puede ser comunicado. La realidad de este mundo está fuera del alcance de la verdad. Si no fue [-218-](#) cierto ayer, lo será mañana, y con certidumbre y veracidad mayores que las de las cosas inmediatamente verdaderas. Una fantasía bien urdida es más sólida que un pedazo de hierro.

En la lectura de *Ciro Bayo* tropezamos con embarullamientos, cambios de hechos y de fechas, mezclas de recuerdos. En el *Romancerillo*, por ejemplo, aparecen adivinanzas recogidas entre los niños gauchescos, que son las mismas presentadas por don *Ciro* como dichas por él a niños españoles, antes de ir a América. Cuantas veces se le puso a prueba el conocimiento real de la vida pampera, parece que fracasó. En unas páginas de *Ricardo Baroja*, donde cuenta con menos saña que don *Pío* una excursión a pie que hicieron los tres - él, don *Pío* y *Ciro*- a *Yuste*, encontramos un retrato psicológico casi perfecto del autor de *Las grandes cacerías americanas*. Don *Ciro*, a la postre, no sabía enjaezar el caballo, ni hacer fuego en pleno campo, ni vencer los obstáculos que se presentan a los caminantes. Como militar, brillaba a la hora de imaginar telegramas. Los dos *Baroja* y él se divertían, en ese viaje que contó don *Pío* en *La dama errante*, jugando a la guerra. La página en que *Ricardo Baroja* cuenta

-estamos muy a principios del siglo veinte-, cómo fueron las narraciones de don Ciro lo que decidió a don Pío y a él a hacer una excursión (don Pío dice todo lo contrario), y el episodio central de dicha excursión no tiene desperdicio.

«Una mañana clara, plateada, al bajar nosotros una colina, apareció un pueblecito. Casas bajas dominadas por la torre negruzca de la iglesia. A nuestra derecha se alzaba la mole gris de la Peña de Almanzor con los picachos cubiertos de nieve. A la izquierda la llanería se extendía hasta perderse de vista, esfumada en la bruma.

-Vamos a ver, don Ciro -dije-. Usted viene por este camino con quinientos infantes, cien jinetes y dos cañones. Su jefe, el capitán general de Castilla la Nueva, le ha encargado que vigile las riberas del Tiétar y bata a las partidas facciosas, que esperan refuerzos de Portugal. Usted llega aquí y se encuentra con que yo he cerrado la entrada de las callejuelas de ese pueblo. He abierto aspilleras en las paredes de las casas y en las tapias de las huertas. Tengo trescientos hombres de a pie y cincuenta de a caballo, que he enviado a la descubierta y me han traído la noticia de que usted se acerca a marchas forzadas. En este momento el vigía, apostado en la torre, debajo de aquel nido de cigüeñas, da la señal de alarma con un tiro. Vamos a ver qué hace usted, gran general, don Ciro Bayo y Seguro. Vamos a ver qué le ha enseñado su famoso Dorregaray.

-219-

Don Ciro se para en seco. Echa la gorra hacia atrás.



-¡Capitán Villandrando! -grita-. Con su gente y la mitad de la de García, se va usted corriendo a lo largo de aquellos chopos, hasta rebasar las últimas corralizas del pueblo. Usted, Ramírez, por la izquierda, con su gente, pero a más distancia de tiro de fusil, por la hondonada. Que el sargento Arellano enfile con cañones la bocacalle cerrada con fajina, y en cuanto abramos brecha, les diremos a esos cómo las gasto yo. ¡Marchen!

Y don Ciro, volviéndose a mi hermano, dice:

-Comandante don Pío, voy a intentar un movimiento semienvolvente para dejarles a esos pipiolos salida para el otro lado del pueblo y después echarles los caballos encima.

Luego, dirigiéndose a las imaginarias huestes, gritó, como Nelson en Trafalgar:

-¡La patria espera que cada uno de vosotros cumplirá con su deber! Al cobarde le meteremos dos peladillas por la espalda. Echaremos un cigarro, mi querido comandante -añade el estratega-, hasta ver si se aclara la cosa.

Como es lógico suponer, soy ignominiosamente derrotado, y con mis facciosos caigo prisionero.

Entonces el vencedor llama al sargento Cuervo y le dicta el siguiente parte, que don Ciro recita de corrido:

-Excelentísimo señor capitán general de Castilla la Nueva. Punto. Habiendo sabido por confidencias. Coma. Que la partida latrofacciosa del cabecilla

Ricardo, alias el Pintamonas. Coma. Se había apoderado del pueblo... ¿qué demonios de pueblo es éste? Ponga usted... Del pueblo... Madrigal de la Vera, y ejerciendo violencias y fechorías en las mujeres. Coma. Recabando onerosas... ¡Sin hache, hombre! Onerosas no lleva hache. Recabando onerosas contribuciones en especie y en metálico de las clases pudientes...

Don Ciro improvisa con seguridad el formulario de las partes militares. Daba cuenta de todas las peripecias del combate y de la victoria. Recomendaba el ascenso de los oficiales. Mencionaba especialmente al comandante de Estado Mayor don Pío Baroja y solicitaba para sí mismo la cruz laureada de San Fernando. En cuanto a mí, rebelde cogido con las armas en la mano y raptor de la sobrina del cura, me pegaba cuatro tiros».

-220-

Esta fue acaso la última aventura de Ciro Bayo. Remedaba para él cosas ocurridas cuando apenas contaba quince o dieciséis años. Para los Baroja, poco guerreros, aquello era un juego de hombretones con sentimientos de niños. Pero para don Ciro, aquello era la confirmación de su vida imaginada.

Eso llevó a sus libros. Es un poco sospechoso que nunca viera un ombú. Que nunca lo viera, entendámonos, como es costumbre ver las cosas. ¡Pero la de ombúes que echó abajo en sus correrías entre los indios salvajes de la pampa!

Contaba un testigo de sus últimos años, lo del asilo, que cada vez se encerraba más en su habitación, no permitiendo que nadie entrara bajo ningún pretexto. En ocasiones, en la alta noche le oían sollozar. Constantemente leía y

releía el Quijote. ¿No fue éste quizá el objetivo verdadero de Cervantes al escribir su libro? ¿No quiso, por ventura, dejar a los ancianos tristes, a los soñadores desvalidos, a aquellos a quienes la realidad ha tendido trampas y tósigos, una playa de calma y de consuelo?

A Ciro Bayo, un día, le preguntó un misionero, allá por un rincón de Sucre: «¿Y a qué se dedica usted? ¿Para que sirve?» Y él contestó: «Padre no sirvo para nada, y sirvo para muchas cosas. Soy lo que por allá llamamos un pobre de levita».

Un pobre de levita, es decir, un santo sin sayal, es el escritor verdadero. Nada le llega a tiempo y todo le llega mal. Paga con sus facultades y con su potencia de fantasía la gloria, el triunfo, el bienestar. Su destino es el fracaso, el anonimato, la miseria que obliga a tomar la vida por el asa candente, y a no dormir.

Lo último que hizo Ciro Bayo sobre la tierra, fue terminar un soneto. Murió en lo suyo, en el reino de su potestad, en el libre territorio de sus milagros y fantasías. Ahora sabemos que no mintió. Cuanto pudo parecer inventado, distinto a los hechos, no era sino la verdad del artista, que es una corrección, una rectificación a los errores de la vida. A él le dieron un nombre, una familia, una existencia que no le gustaron para nada. Gastó cuarenta años en recoger, o en soñar que recogía, materiales eficaces para imitar al creador. Y gastó otros cuarenta años en devolverle a la naturaleza, a la divinidad, a los hombres y a los cielos, una imagen corregida y perfeccionada de un soñador... Y a esto, nada menos que a esto: ¿podemos llamarle una vida de fracaso? Por lo que ocurre en zonas muy alejadas de la literatura, como son las zonas de la santidad, sabemos que sólo triunfan los que fracasan, que sólo mueren cargados de riqueza los que a tiempo lo pierden todo.

1959.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

